

Capítulo 20

Rumbo al Nord Ultima

Está la rana que se convierte en príncipe.
Y la reinita del Rey Sol, en ranita del Sur.
Cada loco con su tema.

Así que imagínate: yo, la chica del Sur, adoro el sol, el mar y la dulce vida. Me concibieron en la *Île du Corail*, de ahí mi nombre. Vivo en *Palmeria*, en la *Presqu'île du Sel*, frente a las *Îles d'Or* y al *Croco*, entre tierra y mar turquesa, salinas y flamencos rosas. Aquí la vida se vive en chanclas.

Seguimos la carrera del sol cambiando de isla según la hora. Por la mañana, vamos a darnos un chapuzón a la Isla de Levante (apodada el *Croco*), con sus playas de mica. Está reservada a las bicis. Los mercados provenzales tienen acento del Sur, huelen a lavanda y a aceite de oliva. A mediodía, ponemos rumbo a vela a la Isla del Cénit, una reserva de peces en un acuario turquesa. Me he remojado tanto en agua de mar que tengo la piel yodada. Me reconocen por el olor a monoi que me precede. Por la tarde, se levanta el viento, los pinos piñoneros cantan al son de las cigarras, las palmeras bailan al viento: es la fiesta de las velas de todos los colores. Por la noche, nos juntamos en la Isla del Poniente, a la hora en que el cielo rosa anaranjado se refleja en el mar y todo se incendia. Es la morada de los escasos nudistas enamorados de la libertad, en su más bella expresión.

En resumen, la playa es mi casa, la arena mi tumbona, el mar mi horizonte. Así que llego yo con mi calor y mis vestidos ligeros, y entonces el Vikingo me mira fijamente a los ojos y me dice:

Él — *Ponte un forro polar. Vente conmigo, ¡nos vamos al Gran Norte! ¡Ya verás, es mágico!*

Yo me imagino:
una cubitera gigante a -30 °C.

Desayuno: pescado seco congelado.

Actividad principal: esperar tres horas fuera, con el culo en el hielo, a que una aurora boreal se digne asomar la nariz. Glups... Claro que, dicho así, se le hiela a una un poco la sangre.

Yo — Me encantaría ver ese espectáculo que quita el aliento, de verdad. Me apunto al viaje, pero no a la prueba de supervivencia. Perdona que sea tan directa, pero solo de pensar en mis nalgas pegadas al hielo a $-30\text{ }^{\circ}\text{C}$, se me contraen al instante. ¡Prefiero esperar la puesta de sol a $28\text{ }^{\circ}\text{C}$! También es mágica, y mucho más *safe* para mi culito, bien calentito en la arena. Si no, yo pensaba más bien en unas vacaciones en Santorini... (*Bora Bora está demasiado lejos, dirá que no.*)

El Vikingo no lo sabe, pero tengo visiones mágicas, como su reina *Völva*. Sé exactamente lo que va a pasar si me voy con él. Veo toda la película como si estuviera allí. El Rey del Blizzard se lleva a la Reinita del Sol de road trip desde *Haldorholm* hasta el *Nord Ultima*. Al salir del *Soumerland*, derramo mi lagrimita por mis padres preocupados, que se quedan al sol del Sur.

Mis padres — Cariño, nos llamas todos los días para darnos un parte detallado. ¡Vamos a poner el GPS en localización por satélite para seguir tu recorrido segundo a segundo!

Él — ¡Vamos a hacer 2500 km en línea recta!

Yo — Ningún problema... Si no, tengo otra propuesta: nos vamos en patinete eléctrico hasta las Maldivas.

Él — ¡3300 km por carretera solo ida, 6600 km ida y vuelta!

Yo — Solo con eso ya me quedo KO. ¡Es más que cruzar Estados Unidos por la Ruta 66!

Él — Pero llevo enganchada detrás una *teardrop* que he fabricado yo mismo. Dormiremos como en un iglú. ¡Es más auténtico!

Yo — Vale, siempre que mi supervivencia no dependa de lo bien apretados que estén los tornillos. Soy una friolera auténtica, pon el climatizador a 28 °C.

Él — ¡No hay mejor manta eléctrica que Big Dog!

Yo — ¡Niet! ¡A vosotros los Vikingos ya os conocemos! ¡Os calentáis sobre todo a base de ira!

Él — ¡No, a base de alcohol, en realidad! Mi padre tiene sus reservas de aquavit. Yo tengo mis cervezas... ¡Venga, vente! ¡El GPS dice que hacen falta cuarenta horas, o sea, 7 días, solo ida!

Yo — ¡Pero si estamos de vacaciones, no en un rally en 4×4! ¿De qué sirve conducir, si no podemos parar a descansar, visitar, conocer a la gente del lugar? ¡No, así no puede ser! Hay que triplicar como mínimo el tiempo de viaje de ida y vuelta.

Él — ¡Bueno, venga, aceptamos barco! Saca su mapa y empieza a venderme su road trip.

Él — Mira, primero cruzamos el *Soumerland*. Fácil, es más plano que una tabla. Luego dejamos el Reino de los *Diques Intrépidos* por las Tierras de las brumas saladas. Ahí llegamos al Reino de los Dioses del Mueble. Vamos de puente en puente, de isla en isla.

¡Ya me lo estoy viendo! Me gustaría parar, pero hay que avanzar. Así que comemos arenques ahumados en lata. Hacemos la parada para hacer pis en el arcén. Y bebemos cafés tibios en medio del salitre.

Él — Subimos hasta el Gran Reino del Bosque Tranquilo. Ahí es donde, a la vuelta, construiré mi cabaña de troncos.

Aquí todo me gusta. Los bosques de *Norborea* respiran y los lagos de *Luminör* meditan. La gente habla menos y escucha más a la naturaleza. Pero no tenemos tiempo.

Él — Tenemos que seguir para llegar al Imperio de los Fiordos Rugientes. Dormiremos en casa de mis padres, los reyes de los Vikingos. Te darán a probar sus especialidades, ¡te van a encantar!

Yo — ¿Dónde viven?

Él — Aquí, en la Fortaleza de Fjordgard, en lo más alto de los acantilados negros que dominan el océano. ¡Es precioso, ya verás! Allí solo hay viento y sal, cascadas furiosas y dioses que duermen en el hielo.

Yo — ¿No es desde ahí arriba desde donde los polluelos se suicidan tirándose por los acantilados para aprender a volar?

Él — ¡Sí, es genial! Los Vikingos hemos adoptado la misma técnica: ¡hemos inventado el wingsuit flying y el base jump! Es nuestra forma más rápida de abastecernos. Aterrizamos directamente en nuestros drakkars y nos vamos a pescar. ¿Quieres probar?

Yo — ¡Calla, o se me va a parar el corazón!

Por suerte, me distrae con otra cosa.

Él — Mira al oeste, ¡esa será nuestra próxima aventura! La isla del Reino de los Fuegos Helados. Allí donde el aliento de la tierra humea y donde los *vulkavik* escupen lava fundida.

Yo — Dicen que los elfos tienen derechos civiles y que se pasean en caballos minúsculos. ¿Es verdad?

Él — Iremos a comprobarlo juntos la próxima vez. No tenemos tiempo. Mira, llegamos a Aurorelia, ¡donde las luces bailan en el cielo! ¡Vamos a dormir en un hotel de hielo!

Yo — ¿Qué? ¡Pero si ya estoy en las últimas! ¿Quieres rematarme?

Él — ¡Precisamente, el hielo conserva! ¡Ya verás, es precioso! Ya no estamos muy lejos, ¡es la última etapa antes del *Nord Ultima*! Mira, ya está, llegamos al Reino del Fin del Sol, al Trono del Gran Frío: cuando la carretera se termina, el mar y el cielo se confunden.

Yo — ¿Me estás diciendo que nos hemos chupado 3600 kilómetros para llegar al final de una carretera que no lleva a ninguna parte? ¡Me estás tomando el pelo!

Él — Pero veremos renos preciosos, caribúes, alces. Voy a cazar un alce americano para poner su cornamenta en mi 4×4. Nos comeremos la carne, ¡seremos totalmente autónomos durante todo el trayecto!

Yo — ¡O sea, que vamos a pasearnos todo el día con un hambre en el techo! ¡Imposible! Prefiero el pescado fresco, se lo compraré a los pescadores a mosca: hay un montón de lagos, hay ríos por todas partes.

Él — Bueno, vale, ¡así todos contentos!

Yo — ¿Así que ahora solo nos queda dar media vuelta?

Él — Pues no, ya que estamos, ¡tengo unas ganas locas de cruzar el mar de hielo para descubrir el Gros Noland!

Yo — ¡¡¡EL GROS NOLAND!!! ¡Pero si no hemos venido en el Blizzard! Y no sé construir un iglú, ni conducir sobre esquís. ¡Ni siquiera tengo el carné de moto de nieve, es más, ni siquiera sé esquiar! Lo dejamos para otro road trip, ¿vale? ¡No todo el placer de golpe! Venga, damos media vuelta, ¡para disfrutar de la vuelta!

Él — Bueno, ya veremos allí, ¡pero vale! ¡Venga, en marcha otra vez! ¡Rumbo a construir mi cabaña de troncos en el bosque! Estoy deseando cortar los troncos en rodajas, ¡va a ser lo más!

Yo — No estoy convencida, *¡para nada-para nada!*
(*tengo visiones, pero no se lo puedo decir.*)

Él — ¿Es estar sola en medio de la nada, sin nadie, lo que te echa para atrás?

Yo — No, me gusta meditar, leer, escribir... ¡no me voy a aburrir!

Él — ¿Es la cabaña de madera?

Yo — No, me encantan las cabañas en los árboles... al contrario. Pero ya me lo estoy oyendo, con el ruido de los árboles al caer. Vas a provocar una migración. ¡Los *Norboreanos* te van a prohibir la entrada!

Él — ¡Estás delirando!

Yo — ¡Para nada! Nos van a expulsar del país y a desterrar de por vida. ¡No tiene gracia! ¡Y encima no hay cobertura! Mis padres me llaman todas las noches. Van a mandar a la Interpol a buscarme, para saber si todo va bien.

¡Tengo una idea! ¿Por qué no te haces tu casa de madera sobre pilotes en Cerdeña o en Bora Bora? Yo te ayudo y por la noche dormimos al raso en mi hamaca.
¡Contemplaremos la bóveda estrellada, como Robinson Crusoe!

Él — ¡Que no, que no habrá ningún problema! Ven, al bosque, conmigo, ya verás, es tranquilo. No hay nadie en 500 kilómetros a la redonda.

Yo — Pues justo ese es el problema. Ya no me arriesgo a irme de vacaciones en modo supervivencia extrema para acabar convertida en pescado congelado en tu Supervivientes nórdico. No tengo ganas de que me echen del drakkar a -30 °C.

Tengo una visión clarísima de en quién me voy a convertir: *la doncella escudera*. Esa guerrera que recorre 500 km a pie, luchando contra 3 metros de nieve en polvo para encontrar perros de trineo, con muy pocas posibilidades de cruzarse con alguno, ¡en un terreno de juego de 25 000 000 de hectáreas! Así que, antes de comprometerme, tengo esa famosa conversación:

Yo — ¿Y si me pasa algo?

Él — Sobrevivirás. No eres una cosita frágil. ¡Estás con El Vikingo!

Yo — Sí, pero la reina del Blizzard no es más que una ranita del Sur. Lo único de supervivencia que me he traído son unas gafas de bucear y un tubo. Muy práctico para pescar en los agujeros del hielo: muerte asegurada. Escribo mi cartita póstuma a mis queridos padres, por si acaso:

— Mamá, Papá, os quiero. Os dejo un recuerdo mío, versión salmón de La Sirena.

Así que dije:

Yo — ¡Alto ahí! ¡Stop! Yo me imaginaba más bien unas vacaciones en una isla del Mediterráneo, en el mar Caribe, o incluso en la *Île du Croco*, ¡me vale todo! Restaurantito con los pies en el agua, sábanas blancas ondeando al viento, pescado a la brasa al sol, baño en aguas turquesa. Sobrevivo mejor a 28 °C a la orilla del mar, con los pies en la arena.

Así que, si quieres hacer tu rally de ida y vuelta al *Nord Ultima* para construir tu cabaña de madera en medio de la tundra, adelante, con tu colega berserker y Big Dog. Yo te espero en mi hamaca mirando los colibríes, bajo el porche de mi cabaña sobre pilotes, frente al mar, ¡con una buena puesta de sol! ¡Una gozada!

¿Su respuesta? No hace falta ser una *Völva* para adivinarla...

La hamaca y los colibríes

Una novela de Karine Baridon



lehamacetlescolibris.com